



Paisaje de montaña humanizada, en San Juan de Plan, con la impronta cultural comentada que debemos perfeccionar. El ganado en la borda y pueblos limpios con su turismo culinario en aumento.

Recoged lo que sobra para que nada se pierda

Por Pedro MONTSERRAT RECODER

auténtico aragonés, el alma de nuestra nacionalidad. Yo no quiero remover y airear ahora tanta cosa negativa; veamos más bien lo positivo del mundo rural que languidece y no quiere morir

El valor de lo pequeño en nuestro mundo rural

La solidaridad, la reunión de «migajas», de tantas cosas insignificantes, crea conjuntos formidables, unas agrupaciones naturales capaces de potenciar las aportaciones pequeñas y ordenadas.

Existe un orden evolutivo, asociativo, que nos descubre y une las complementariedades, para crear esas entidades comunitarias, unas asociaciones capaces de lograr lo que no se conseguiría por separado. Este orden existe, los ecólogos lo estudiamos, y ha facilitado el progreso que sólo será perfeccionado siguiendo sus *tendencias intrínsecas*, pero asimilando además lo que les llega del ingenio humano, del ambiente exterior.

Por lo tanto, las menudencias alcanzan gran valor si forman conjuntos potentes, unas comunidades en plena evolución natural; eso corresponde al perfeccionamiento de tantas funciones sencillas como las que pude comentar durante varios meses el año pasado en *Cuadernos Altoaragoneses* y ahora deseo recordar como ejemplo de una naturalidad progresista y humana.

Urge adoptar unas actitudes comprensivas, reanimadoras

Hace tiempo que me parece estar bregando por una causa perdida, en lucha quijotesca, con mucho brío y escasos resultados. Por mi oficio de botánico especializado en pastos y la vida rural, por estar en contacto continuado durante medio siglo con nuestras montañas, soy testigo del desmoronamiento de nuestra vida comunal, en unos hombres *asociados desde siempre*, pero tan incomprendidos, marginados, hasta diría casi eliminados del festín moderno.

Se habla mucho de la fuerza del *mercado* mientras la montaña marginal se supedita más bien a las fuerzas naturales, al sol con lluvias y el *pasto*, más unos animales que lo industrializan, transformándolo en alimento para su propietario y para quienes les visitamos; así podemos crear un *turismo culinario* que absorba por completo la exigua producción y cree un «valor añadido» nada despreciable. Por lo tanto en la montaña ya no rigen las leyes del «gran mercado mundial», el creador de unas bolsas de pobreza en tantos países y áreas marginales.

Quienes debían tomar el relevo y revitalizar sus montañas, —nuestros jóvenes—, fueron sacados de sus lares y educados para la ciudad, con mentalidad urbana, mientras sus padres quedaron arrinconados en unos valles cerrados al progreso y «abiertos» eso sí a la feroz especulación foránea. Los embaucamos con riqueza ficticia, —de números y papeles—, mientras abandonaron los bienes raíces, tanto su capital natural con los rebaños, como su cultura tan arrinconada por «inservible». Estamos cerrando su camino hacia el progreso natural y les embarcamos en actividades que nada tienen que ver con la **potencialidad** de sus **puertos y valles**. La situación es gravísima y no me cansaré de proclamarlo.

Están mal casi todos nuestros valles y parece que nadie comprende su gravedad; quedan «algunos niños» en los que aún podrían revivir, pero no lo harán mientras no varíe nuestra actitud. Entre todos debemos crear el ambiente adecuado para que cambien los signos destructivos y se

DURANTE las fiestas laurentinas nos conviene reavivar su espiritualidad y actualizarla en el ambiente altoaragonés, con tantos problemas que nos exigen altitud de miras y una gran comprensión.

Nuestro título alude al mendrugo sobrante de la Multiplicación de los panes y al complemento del milagro, al trabajo minucioso de reunir lo disperso para darlo a quienes pasan necesidad. Se nos pide colaboración, un esfuerzo pequeño que se hace grande por el amor que pongamos en esa prolongación del prodigio.

Me imagino al diácono Lorenzo reuniendo tantas menudencias para socorrer a los marginados de una sociedad romana materializada, insensible a la miseria humana. Actuó con sublime naturalidad hasta en el martirio y demostró cariño hacia el verdugo, una gran delicadeza en expresar su perdón generoso. Tenemos un buen Patrón a imitar.

Son muchos también los problemas actuales y quiero centrarlos en nuestro mundo rural, en las montañas marginadas, olvidadas y necesitadas de gran compren-

sión para superar el mal momento actual.

Busquemos la perfección, el progreso armónico en la gran naturalidad de nuestras comunidades humanas integradas al medio ecológico y con unos recursos aptos para mantener y perfeccionar su enorme originalidad. Fuera de ellas, ya en la gran ciudad, los problemas y dependencias se multiplican como intentaré resumir a continuación.

Tiramos las migajas y además contaminamos

Pertenece a un país, «rico», tenemos alimentos y aún podemos despreciarlos; no es otra cosa el mal uso que hacemos de lo acaparado gracias a la llamada «economía de mercado»: cada vez más ricos nosotros y los demás más pobres.

Existe gran contraste con los tiempos de nuestra guerra civil, años de hambre que muchos han olvidado. Nuestros abuelos sabían de miserias, guerras y abusos de la soldadesca; entonces los

pobres besaban el mendrugo y así veneraban el alimento simbolizado en nuestro pan de cada día.

Al igual que un avaro miserable, los países ricos temen acabar en la miseria y así crean un ambiente insolidario. Es mal colectivo, una enfermedad agravada por las contaminaciones, por tanta cosa como se acumula y «elimina» de mala manera, sin reciclarla.

No faltan los nostálgicos que intentan ahora un retorno a la prehistoria, a la vida bucólica, pero no aciertan a encontrar el modo, la manera de hacerlo «con naturalidad» y sin males mayores. Es obvio que no basta establecer una «comuna» utópica, la formada por hombres ya contaminados en el suburbio tan inhumano como insolidario de nuestras metrópolis; urge revitalizar nuestra *cultura rural* —tan despreciada y ahora marginada—, como característica de unas comunidades humanas integradas al paisaje durante siglos, con frecuencia hasta milenios de coevolución biológica y adaptativa.

Hemos consumido tantas cosas que ya terminamos con lo

(Viene de la página anterior)

inicién ya las etapas recuperadoras que serán obra del propio ganadero, más los artesanos que conviven con ellos, las escuelas familiares, y además de quienes les visitamos, admiramos, y deseáramos ayudarles.

Nuestros montañeses marginados están mal ahora, pero aún son propietarios de sus valles y puertos, de una riqueza que debería producir más por tener un techo muy alto, difícil de imaginar ahora. Deben evolucionar rápidamente gracias a sus mecanismos culturales; nos conviene crear *nueva cultura* por una *educación activa*, familiar y adecuada, ejercida en cada comunidad y para la juventud del valle que pronto será protagonista.

La investigación con enseñanzas adecuadas, creadoras

Conozco los problemas y en parte ya fueron expuestos en los **Cuadernos Altoaragoneses** del año pasado. Nos falta la coordinación perfecta entre unos *políticos* que planean, con los *investigadores* que descubrimos las limitaciones del sistema y además esos *dirigentes locales*, los gestores de unas riquezas (geológicas, climáticas, de bosques-pastos, cinegético-ganaderas), y muy especialmente del **progreso en comunidad de montaña**, tan abierta y receptiva que puede asimilar lo nuevo y renovar todo lo antiguo.

Ahora ya no es posible «colonizar» al estilo de Mussolini e imponer unas ideas nacidas en la mente del «iluminado» que desprecia todo lo natural, su fuerza autogestionaria. Nos conviene respetar al hombre social, a su cultura, con todo lo heredado y en evolución por su dinámica interna, pero armonizando también con la dinámica del mundo moderno.

Por lo tanto, lo esencial debe ser obra de los nativos, esos propietarios de puertos, pastos y prados, pero bien arropados por quienes podemos ayudarles sin entorpecer la evolución natural del sistema, de su cultura tradi-

cional renovada. Entre todos haremos progresar sus *modos de vida* con raíces tan antiguas y bien preparados para seguir la dinámica natural en nuestras montañas.

Así pues, los investigadores — junto con agentes rurales variados, esos próceres que destacan en cada Mancomunidad, más los educadores de verdad y tantos promotores de artesanías—, debemos crear ese *ambiente renovado*, animador, enriquecedor de los hábitos y costumbres sanas; las más aptas para el Aragón que vislumbramos, descubrimos en lejanía y aún esperamos conocer.

Una vida natural bien contrastada y enriquecedora

No puedo imaginar una perfección abstracta e independiente de la natural que vamos exponiendo. Las fiestas laurentinas nos invitan a pensar e imaginar algo que facilite un desarrollo armónico, por lo menos en esos sistemas tan aislados del mercado mundial dominador; los pastos y el ganado de montaña dependen de sus recursos naturales y apenas de lo comprado fuera; pero ahora esas fuerzas, —tanto la riqueza natural como el esfuerzo humano— trabajan al «ralenti», con baja productividad y un abandono progresivo.

Conviene mucho volver sobre nuestros pasos y descubrir tantas potencialidades en una vida rural que debería ser próspera; entre autarquía y comercialidad total existen gradaciones, tenemos estadios intermedios, y los pastos son independientes de la mediación mercantil. La montaña puede prosperar aun cuando la **ganadería de cuadra** está en plena crisis, como en la actualidad.

Nos podemos organizar sin mediatizaciones, con plena independencia de los condicionamientos externos. La estabilidad del país con independencia económica (siempre relativa por cierto), será máxima si aprovechamos «las menudencias», nuestros capitales, y los aumentamos por la **organización progresiva**. Desde unos sectores **totalmente nuestros**, en montañas que aún

«no habremos vendido a los foráneos», podremos organizar el Aragón rural, como una pauta y ejemplo imitable.

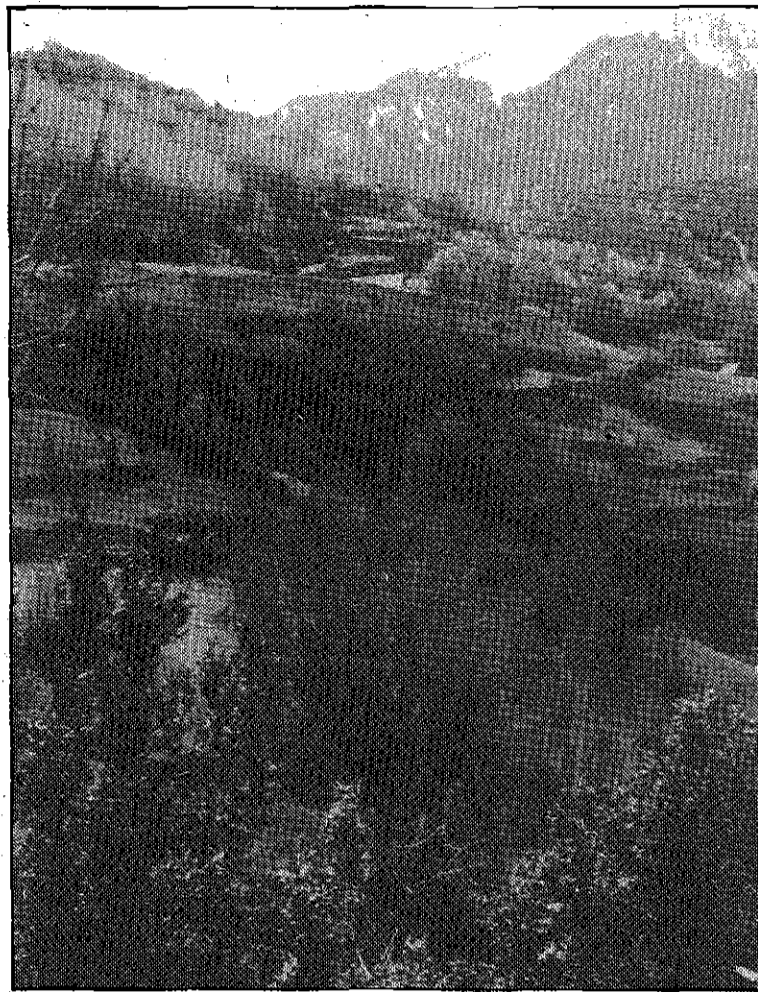
El crear cultura, —multiplicar unos modos de hacer, de perfeccionar lo nuestro para maximizar las producciones y diversificarlas por medio de unas artesanías adecuadas—, aumentará la satisfacción del vivir en nuestros jóvenes que ya no emigrarán al suburbio embrutecedor, el que ahora «uniforma» y destruye la personalidad humana.

La espiritualidad renovada en ese vivir con naturalidad

San Benito y los monasterios con su lema «ora et labora», crearon las culturas medievales y están en la raíz de nuestra Europa. Si un santo preparó la ordenación jerárquica, de —trabajos y prioridades—, son muchos más los que con su entrega personal han completado las modalidades de **perfección individual y colectiva**, entre ellos San Lorenzo cuya fiesta celebramos. Estoy convencido de que la vida esperada no está reñida con la que nos ha tocado vivir; ahora empezamos la vida definitiva, una vida gozosa para quienes supieron saborear el placer inmenso de hacer felices a los demás.

Hemos revisado unos problemas, visto unas necesidades de organización, de actuaciones posibles sobre la vida rural marginada, tan despreciada por quienes estamos acostumbrados a consumir y contaminar sin haber aprendido la lección de reutilizar hasta lo más mínimo que *pueda producir y podamos repartir*. Vislumbramos ahora una moral renovada, un modo de vivir de acuerdo con la naturaleza que aún podemos potenciar, pero siempre a partir de tantos *modos de vida* que ya existen y languidecen a nuestro alrededor.

Impregnemos de una sana espiritualidad esas actividades que nos conviene iniciar o perfeccionar cuanto antes. Forcemos el desarrollo del Aragón rural con el de todos los aragoneses.



Frajinales de Altra Ribagorza: La pedrería pierde su armonía ancestral por envejecimiento poblacional. Paisaje recuperable para un turismo más integrado

RE

ZARAGOZ
Miguel Serv
Padre Majón